

ABRAHAM SANCHEZ ARCE, EDITOR.

EL SOL DE MAYO

Memorias de la Intervención Francesa.

NOVELA HISTORICA, MEXICANA,

ORIGINAL DE

Juan A. Mateos.

TOMO I.

TEPIC.-MEX.

IMPRESA DE LOS TALLERES DE LA PENITENCIARIA

1907.



33571

M. 863
M
PQ7297
M3
56
V. I

Al Sr. D. Mariano Riva Palacio, como una ofrenda de amistad y respeto, dedica las desaliñadas páginas de este libro.

El Autor.

México, julio 15 de 1868.



ACERVO DE LITERATURA

115871

1868

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A JUAN A. MATEOS.

← Para la primera hoja del Sol de Mayo. →

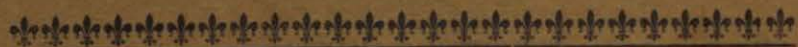
Hace días tuvo usted la bondad de pedirme cuatro palabras con que abrir el primer capítulo de su elegante novela intitulada EL SOL DE MAYO. Yo, Juan, no soy un genio para pronunciar ese mágico Sésamo (ábrete) del cuento árabe. Como la heroína de Victor Hugo escribió un nombre sobre la nieve, apenas podré estampar en la blanca página que usted me ofrece esa eterna palabra que le ha servido para condensar la epopeya que forma el argumento de su magnífico romance ¡EL SOL DE MAYO! EL SOL DE MAYO, he aquí el verbo á donde se ha encarnado nuestra patria; verbo que significa una historia completa de dolores, de sacrificios, de sangre, de heroísmo, de victorias, de traiciones y de un martirio sin peso y sin medida. EL SOL DE MAYO con sus rayos chispeantes de triunfo bañando el pabellón tricolor de la República, besando con su luz dorada la frente de Zaragoza tostada por el fuego del combate; el sol de Mayo eclipsado por las nubes de la traición, de la derrota y del desaliento nacional, debía hacer fecundar en todo corazón patriota un germen de inspiración y de entusiasmo que se tradujera por la obra más ardiente de la imaginación, y pasara en ella á las generaciones futuras como la más tierna de las tradiciones patrias. Usted, Juan fué el primero que recibió la acción generadora de ese recuerdo. Y como su rica inventiva y su pluma fácil ha producido la novela que pasará de mano en mano hasta las de los nietos de nuestros nietos, como el monumento de nuestras glorias nacionales adornado con las joyas más ricas del talento y las flores más perfumadas del corazón. De suerte, amigo, que con la invitación de usted yo soy el único favorecido, puesto que, escrito en el prólogo de su obra, con ella pasará á la posteridad un nombre tan obscuro como el mío, condenado á perecer en las sombras. Usted, por el con-

trario, ha alcanzado un título á la eterna gratitud de México, porque al enriquecer su literatura con una producción más, consigna en ella uno de los episodios más épicos de nuestra historia. Feliz usted, Juan, que supo ligar su nombre de una manera indeleble á ese recuerdo de México que se llama EL SOL DE MAYO.

México, Diciembre 29 de 1868.

Hilarion Frías y Soto.

POSTAL A NAUJA



LIBRO PRIMERO.

La Cabeza del Bautista.

CAPITULO I.

DE CÓMO APARECIO EN EL CIELO EL PRIMER AVISO DE LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA.

I.

El palacio nacional de México, alcázar del conquistador Hernando de Cortés y antigua estancia de los virreyes, es hoy la residencia del Presidente de la República y en uno de sus departamentos celebra sus sesiones el Congreso de la Unión.

El palacio, desconocido por el genio de las artes, es un monumento histórico.

A mediados del siglo XVI fué vendido por la familia de Cortés al gobierno de España, y reedificado á fines del siglo XVII.

Las variaciones que ha sufrido no han alterado su estructura, y aun permanece con las insignias heráldicas de la "edad media."

Sobre la cornisa hay una serie de almenas que significaban en aquellos tiempos la casa fuerte en que habitaba un señor de vasallos de "horca y cuchillo."

En medio se levanta la torre de reloj, sobre la cual se enarbolaba el pendón de Castilla y hoy la bandera de los tres colores con el águila mexicana.

El palacio ocupa todo el costado de la Plaza de Armas, en donde á principios del siglo se veía la estatua ecuestre de S. M. Carlos IV.

El edificio mira al ocaso, y las vías principales de la ciudad desembocan á su frente y costados.

En el piso alto y principal se ven mochetas de cantería y balastrados de hierro.

En los entresuelos hay ventanas colocadas con poca simetría.

El patio principal y las tres puertas de la fachada, son magníficos.

El Jardín es raquítico y mal dispuesto.

Al proclamarse la independencia, pasó el edificio al poder de la nación y siguió su destino.

En 1821 fué la residencia imperial de Agustín de Iturbide.

II.

El primer Congreso se instaló en el templo de San Pedro y San Pablo.

En aquel lugar, desierto hoy al culto del cristianismo y de la política, se dió el primer "Golpe de Estado" cuyo epílogo terminó en Padilla el 19 de mayo de 1824.

Bajo las bóvedas del templo de los Santos Apóstoles resonó el acento terrible de Zavala y la voz conmovedora del padre Mier y de Quintana Roo!

La cámara de diputados se trasladó al Palacio Nacional en el año de 1829.

El salón es de un gusto arquitectónico exquisito: tiene la figura de un semicírculo, en cuyo centro se alza un solio sobre una elegante gradería.

Bajo el dosel está colocada la acta original de la Independencia Mexicana.

La mesa presidencial, que tiene en sus tajados la muerte de Sócrates, es obra de nuestro estatuario Miranda.

Los asientos de los diputados están colocados en la curva del semicírculo teniendo delante una barandilla de caoba.

En la parte alta hay dos galerías destinadas al público, sostenidas por columnas de estuco acanaladas, y entre el espacio que miden, sobre lápidas de mármol negro, se hallan escritos con letras de oro los nombres de los héroes.

En lo alto de aquel salón y abrazando la circunferencia y el diámetro, hay una sucesión de ventanas con vidrios de colores que dan paso á una luz blanda y azulada que tiñe el blanco mate de las pilastras.

Aquel salón es un pensamiento nuevo, una idea lúcida en el cráneo viejo de aquel edificio, monumento de la "edad de hierro."

III.

Contigua al palacio y en la línea norte del cuadrilátero de la Plaza, se levanta magnífica la Catedral de México, el primero y más suntuoso de los templos de América. S. M. D. Felipe II mandó edificarla en 1552, pero su "cédula" no se obedeció sino hasta veintiún años después. Si el fundador de San Lorenzo del Escorial hubiera podido ver su obra grandiosa, hubiera quedado también satisfecha su piedad cristiana.

El atrio de la basílica está cerrado por pilastras de cantería enlazadas por fuertes cadenas de hierro que se extienden á lo largo del cementerio. Frente á las pilastras hay asientos de cantería y una hilera de fresnos hermosísimos, que convidan con su sombra en los días calurosos del estío y en las tibias y perfumadas noches del verano. En la época en que comiezo nuestra novela, no existían los preciosos jardines de la plaza, ni esas fuentes de agua purísima ostentándose con elegancia en los juegos hidráulicos. La plaza estaba escueta: sólo en su centro se veía el zócalo de un proyectado documento, parecido según las tradiciones aztecas á la "piedra de los sacrificios."

IV.

Cerraba la noche del 15 de Julio de 1861 con una fuerte lluvia. Los paseantes del atrio se habían refugiado en los portales esperando á que se calmase el aguacero para continuar en esa tertulia que se establece en cada uno de los banquillos y en torno de cada fresno.

Entre aquella multitud alojada en el portal de Mercaderes había un grupo de estudiantes apoderados de una alacena, sobre cuyo mostrador habían asentado sus reales.

—Felipe Cuevas, decía un pilluelo delgado y macilento, cuéntanos algunas de tus historias mientras pasa esa maldita lluvia.

—Aguardémonos, respondió un estudiante moreno de ojos vivos y de semblante serio; la luna va á salir y yo solo á su luz me siento inspirado.

—Es que en las noches oscuras nos has contado algunas cosas capaces de aterrorizar un difunto.

—Es que Cuevas se amilana con el agua, dijo otro estudiante.

—¿Yo amilanarme? respondió el epostrofado; ustedes no saben lo que se pesca; yo he sufrido naufragios espantosos en mi viaje á Nueva York; el buque quedó encallado en la isla de las Tortugas, y ahí permanecimos ocho días.

- ¿Y que tal sopa de tortuga tomaste?
- Este Mondoñedo todo lo hecha á la broma; precisamente llegue á los Estados Unidos cuando Arrangoiz se tomaba "la gota de agua" de los millones de la Mesilla, y vean ustedes si yo he querido me soplo algo de ese dinerito.
- Este Cuevas no es de principios fijos, puesto que no aprovechó una ocasión tan magnífica.
- Es que no me lo ofrecieron seriamente.
- Eso es otra cosa, repuso Mondoñedo, que era el estudiante más endiablado de la escuela de medicina.
- ¿Y cómo fuiste á la tierra anglo sajona?
- Estaba enamorado de una muchacha más linda que los millones de la Mesilla, hermana de un infernal jesuita, y para arrancarme de esa pasión me enviaron fuera de la República, por que aquí, donde ustedes me ven, he sido expatriado por amores.
- Ca la día me felicito de que Rosa no tenga más parientes que su padre y la estufa de la parroquia de San Miguel.
- Es que tu novia dijo Cuevas, pertenece á las "manos muertas."
- Por esa razón la quiero "desamortizar."
- ¿Aguardas á recibirte de médico para practicar la desvinculación?
- Precisamente: cuando llegue á la altura de Jiménez ó de Lucio, la pido en matrimonio al sacristán, á quien le haré el honor de hacerle mi suegro.
- Amigo Mondoñedo, el mayordomo de Regina oye muchas misas en San Miguel, y es de temerse que no quiera sacar otra alma del purgatorio, sino á su novia.
- Ya.....ya.....
- Mientras tú te la pasas destrozando muertos en el anfiteatro pueden soplarle á la dama.
- Ese mayordomo corre riesgo de que le haga yo la autopsia como siga oyendo misa en mi parroquia.
- El agua ha termidado y tendremos una luna hermosísima; marchemos al cementerio á tomar el aire, este portal es abominable.
- El grupo de estudiantes se dirigió al atrio tomando por asalto las gradas de la cruz que está en el ángulo del cementerio.

V.

Los balcones del Palacio, que se alcanzan á ver desde la plaza, estaban cerrados, excepto los del departamento de la Guerra, de donde se desprendía una luz opaca y se veían algu-

nas sombras que cruzaban por el gabinete del ministro.

A pesar del silencio que se observaba en el palacio, multitud de carruajes se detenían á su puerta, y se notaba una afluencia de personas extraña á tales horas en ese recinto...

—¿Qué demonio! decía Mondoñedo, algo pasa por las regiones oficiales; la gente de política acude al nido de los enredos; tenemos novedad.

—No lo creo, dijo Cuevas, la República está tranquila; excepto esa chusma de ladrones acaudillada por "Cinco de Oros," nada inquieta al gobierno de Juárez.

—¿Quién es "Cinco de Oros"? preguntó un estudiante.

—Es un general que de tahir pasó á presidente de la reacción.

—Ya caigo, el que tricionó á Santa Ana y á Comonfort.

—El mismo pertenece á la camarilla de los del "Golpe de Estado."

—No hablemos más.

—Insisto, gritó Mondoñedo, en que andan revueltas esas gentes. Yo voy á "tomar lengua;" tengo amistad con los porteros, y he de averiguar este negocio hasta dejarlo como un cabello.

—Compañero Cuevas, si quieren ustedes quédense á "pastorear" á las chicas, mientras nosotros vamos á adquirir noticias.

Levantáronse los dos estudiantes, atravesaron el tramo de la plaza y penetraron al interior de Palacio.

—Todos estos señores se dirigen á la cámara, deben ser diputados; nos mezclaremos entre ellos para tener libre la entrada al salón.

Mondoñedo tenía amistad con el portero, como lo había anunciado á sus colegas.

—¿Qué hace por aquí la estudiantina?—dijo el portero.

—Nada, amigo, nos trae la curiosidad.

—Pues yo no puedo satisfacerla, dijo el portero.

—Está bien; no pretendemos arrancar el secreto.

—Es que no diré ni por todo el oro del mundo.

—Nosotros no insistiremos.

—Además, que si llega á saberse antes de..... ¡no, imposible! yo les ruego á ustedes que no me obliguen

—No lo pretendemos, decía Mondoñedo, conociendo que al portero se le salía el alma por contar el misterio de la sesión.

—A ustedes, que son mis amigos, puedo resolverme á hablarles con franqueza, pero á otros ni por las minas del Potosí.

—No oiremos á usted, esto sería un abuso, insistía el estudiante dándole un bromazo al hablador del portero.

—Vengan ustedes por aquí, vengan, es una imprudencia tratar estas cuestiones delante de gente.

- Vamos, dijeron los estudiantes, y se internaron con el portero en la curva del pasillo.
- Señor Mondoñedo, dijo misteriosamente el portero, hay un asunto esta noche que según he oído decir á los diputados puede traer una "guerra extranjera."
- ¡Cáscaras! dijo Mondoñedo, sacudiendo los dedos.
- Se trata de suspender los pagos de las "convenciones."
- Malo, malo; estos demonios de ingleses van á poner el grito en el cielo, y son capaces de traer escuadras y sacarnos el dinero á cañonazos.
- Yo, dijo Cuevas con una imperturbable sangre fría, he visto á los chinos fumar el opio en son de guerra, obligados por la Gran Bretaña.
- Esto lo sabrás de oídos, amigo mío, porque dificulto que hayas estado en el celeste imperio.
- Estuve unas cuantas horas, fué por invitación de un capitán de buque, y me regresé en el acto.
- Vamos al caso, prosiguió el portero dejando á un lado el viaje á China del señor Cuevas; si se vota esta noche la ley; somos gente perdida.
- ¿Y no podremos colarnos á la galería?
- Eso sí que no; equivaldría á vender la soberanía nacional ó burlar la fé depositada en mi persona.
- Lo ofrecemos á usted escondernos en el fondo del palco y ni chistar, ni respirar.
- Pídanme ustedes lo que quieran, menos eso.
- Yo quiero oír para contarle á usted cuanto pase, porque usted no puede entrar en el salón.
- Eso es otra cosa, entren ustedes con mucho cuidado y escóndanse lo mejor que puedan, porque donde sean descubiertos, van á la cárcel y yo pierdo el destino.
- Mondoñedo y Cuevas subieron recatadamente por la escalera que conduce á la galería alta; se colocaron en el fondo de un palco y esperaron á que comenzase la sesión.
- Yo he asistido, decía Cuevas en voz baja á su compañero, á las sesiones del congreso de Washington: aquellos hombres son atroces, varias veces acabó la discusión á puñetazos.
- Ese es buen modo de resolver las cuestiones.
- En París todo se vuelve dieterios y gritos, interrupciones y campanillazos.
- ¿También has estado en París?
- No llegue á la ciudad imperial, estuve en Liverpool.
- Me parece que puedes escribir las memorias del "Viaje Universal."
- Es cierto.
- ¿Y desde Liverpool asististe á las sesiones?
- No; pero dá lo mismo; un amigo mío las presencié todas; figúrate que es francés.

- ¡Ah! si siendo francés se da por sentado que debe haber asistido al parlamento.
- Eso es lógico.
- ¿Y cuándo es el jurado del Payno?
- El día veinte.
- Nos vamos á divertir mucho, es en sesión pública.
- Me parece que lo absuelven.
- Sería injusticia no hacerlo, cuando todos los héroes de ese mamotreto ya están libres de culpa y pena.
- Este Payno tiene el "Fistol del Diablo," siempre sale bien de todas sus empresas.
- ¡Demonio! ya pasan lista, creo hay un número suficiente para comenzar la sesión.
- Aquel señor de la barba entrecana es el ministro.
- Somos perdidos dijo Mondoñedo en voz muy baja á su compañero, oigo pasos en la galería; esta noche dormimos en la Diputación.
- Efectivamente, dos embozados se detuvieron á la puerta del palco.
- Mondoñedo entreabrió la puerta con suma precaución y se puso á escuchar.

VI.

Los embozados seguían acalorados una conversación comenzada.

—El ministro, decía uno de ellos, espera de usted que haya visto á su amigo para que sostenga la discusión; va en ello todo el interés de la empresa.

—Han conocido toda la gravedad de este negocio, y hay empeño en evitar un rompimiento con las naciones extranjeras.

—En eso consiste el golpe de audacia que se necesita; los millones de Jecker deben hacernos muy ricos.

—Yo haré cuanto esté de mi parte; hablaré del derecho en que se encuentra toda nación de suspender sus pagos, y orillaremos el conflicto.

—La fortuna es que el negocio halaga el orgullo nacional sin presentir el abismo en que va á caer.

—Sé que ha habido una conferencia con el ministro de Relaciones.

—Es cierto; se le ha hecho creer que las naciones extranjeras pasarán por la suspensión.

- ¿Y nada consta por escrito?
 —Eso fuera una imprudencia.
 —Yo cumpliré con mi compromiso.
 —No nos hemos aventurado á ver á ningún otro diputado por temor de ser descubiertos; además que ninguna de las personas que se sientan en los escaños de este congreso se prestarían á la combinación, creerían ver un atentado de esa nacionalidad.
 —La idea está lanzada, veremos como se dispone el campo; el ministro no halla otro modo de arreglar la hacienda que la "suspensión," y ni hay otro en el terreno de lo posible.
 —Vamos en pos del "pretexto," y la oportunidad no puede ser más favorable.
 —Diga usted á esos señores que, concluida la sesión, estaré con ellos.
 —Está bien.
 —Nos veremos.
 Los dos embozados se alejaron tomando la puerta de salida. Mondoñedo abrió la puerta del palco y se fué de puntillas tras ellos. Bajaron la escalera, y á luz de la lámpara que estaba en la mesa del portero, reconoció á los dos individuos que pactaban impiamente á la ruina de la nación.

VII.

- ¡Bribones! ya los conozco, dijo el estudiante volviendo al sitio donde lo esperaba con ansia su compañero.
 —¿Que pasa?
 —Nada, nada.
 —Te veo amostazado.
 —¡Estoy que me llevan los diablos! pero no hay enemigo pequeño, ya les tocará su turno.
 La sesión había comenzado. La cámara estaba alumbrada por luz de esperma, y el salón parecía envuelto en tinieblas. El ministro de Relaciones concurría á la citación hecha por la Asamblea. El secretario subió á la tribuna y leyó el fatal artículo de la ley que debía enturbiar el sereno cielo de la política.
 "Art. 1.º Desde la fecha de esta ley, el gobierno de la Unión percibirá todo el producto líquido de las rentas federales, deduciendo tan solo los gastos de administración de las oficinas recaudadoras, y quedando suspensos por el término de dos años todos los pagos, incluso los de las asignaciones destinadas para la deuda contraída en Londres y para las convenciones extranjeras."
 Interpelaron algunos diputados al ministro para que dijera

si la suspensión no traería un conflicto internacional. El ministro, con esa facilidad admirable que tiene para la tribuna, manifestó que el único medio de salvar la crisis, era el proyecto en la ley que estaba á discusión; que había tenido algunas conferencias con los ministros extranjeros y recibido seguridades de que los gobiernos europeos no llevarían á mal la medida propuesta por el gabinete. El diputado á quien habían aludido en la conversación los desconocidos, tomó la palabra y con ardor patriótico sostuvo con arranques verdaderamente oratorios, lo alta que se pondría la nación con un golpe de Estado á las naciones europeas en el aplazamiento de la deuda.

Mondoñedo sentía retortijones de tripas al escuchar al inocente cómplice de Saligny, y juraba por todos los santos que lo había de descubrir en la primera oportunidad. Bajo la fé de la palabra del ministro y no sin mostrar recelo, se aprobó la memorable ley que vió la luz pública el 16 de Julio de 1861. En uno de los escaños de la cámara y con una tenaz atención á las menores palabras de los oradores, estaba un hombre de fisonomía adusta, frente despejada, rostro lleno, labios delgados, cabello negro, el cutis moreno y sus pupilas veladas por los cristales de los anteojos que llevaba con varillas de oro. Parecía un busto según su inmovilidad. Aquel hombre era el general Zaragoza.

VIII.

—Han hecho un pan como unas hostias, decía Mondoñedo á su colega; no saben que han caído en un lazo infernal; este suizo de Jecker es el móvil; sus millones son la manzana de la discordia; este señor Saligny, con todo y su coñac, es más pícaro que "Garatuza." Los estudiantes llegaron al átrio de Catedral, donde los esperaban impacientes sus compañeros.

—Nada entre dos platos, amigos míos; chismes de congreso y nada más.

Mondoñedo permanecía cabizbajo, pensando en todo aquello que había visto y oído; le parecía sueño aquella horrible cábalá, y no comprendía, sin embargo, toda la espantosa verdad de aquel desastre que amenazaba de muerte la nacionalidad mexicana.

Un murmullo que se levantó instantáneamente en todos los ángulos de la plaza lo sacó de su prolongada abstracción. Preguntó que pasaba, y por respuesta le señalaron el espacio.

¡Era un espectáculo magnífico!

El aire de la noche había arrollado las nubes tempestuosas, dejando ver un cielo azul tachonado de estrellas pálidas con el fulgor deslumbrante de la luna en su cuarto para la "llena."

En el fondo de aquel cielo purísimo se destacaba como el soberano de aquellas regiones un "cometa" gigante, sacudiendo su cabellera de plata y abarcando la mitad del horizonte con su cauda brillantada.

Caminaba sereno en aquel oceano de luceros, asombrando á la tierra con su majestad. Aquel viajero misterioso anunciaba, según las tradiciones populares, una época de infortunios y de vicitudes. No podía ser más casual la coincidencia.

—¡Demonio! dijo Mondoñedo, puede tocarnos un colazo



CAPITULO II.

EN DONDE SE DA CUENTA
DE QUIEN ERA MONDOÑEDO Y LOS HABITOS
Y COSTUMBRES.
DE ESTE HISTORICO PERSONAJE.

I.

El día primero de Enero del año del Señor de 1838, se presentó á las oraciones de la noche en la parroquia de San José un español natural de Galicia á pedir las aguas bautismales para un niño recién nacido. Púsose á la mesa el señor notario; abrió un gran libro grasiento y lleno de borrones; calóse los anteojos y le dijo al gallego:

—¿Cómo se llama el párvulo?

—¿Qué cosa es párvulo? preguntó el gallego.

—Este hombre es muy bruto, murmuró el notario; párvulo, añadió en voz alta, es uua criatura.

—¡Ah! dijo el español, pues el párvulo no se llama de ninguna manera.

—Bien, pero diga usted cómo se ha de llamar.

—Como le dé la gana al cura.

—¿Qué día nació?

—No sé.

—¿Pues que, no es usted el padrino?

—Sí, pero no soy su madre.

—No tiene usted algún santo de su devoción?

—Sí, Santa Clotilde.

—Pues no puede llamarse "Clotildo."

—Qué más dá.

—¿Le parece á usted que le pongámos el santo del día?

—Me parece.

—Diga usted como se llaman sus padres.

—¿Qué diablos, sé yo como se llaman? no me acuerdo ni de los míos y quiere el buen hombre que sepa el de personas que no conozco.

—¿Cómo está eso? preguntó el notario quitándose las gafas.

—La cosa es clara, hace una hora que introdujeron á este chico en mi casa, puesto en un canasto y enviándomelo de re.

galo, me avisaban en un papel que no estaba bautizado; yo no podía decirle que se marchara y no hay más que bautizarle.

--Traigan á ese niño, dijo el notario.

La mujer que le servía de ama de cría lo presentó.

--Trae camisa y pañales de cambray, este inocente debe ser de padres de alto kirio, deben haberle á usted acompañado alguna cantidad de dinero.

El gallego se rascó una oreja y dijo:

--Pongan pronto el escrito y échenle el agua.

--¿Y cuanto ofrece usted á la Santa Madre Iglesia? dijo ceremoniosamente el notario.

--Cuatro duros.

--Bien, extenderé el acta de bautismo y le pondremos al niño Manuel, ¿y el apellido?

--Le prestaré el mio mientras parece el suyo: apunte usted Mondoñedo, natural de Galicia, hijo de padres gallegos.

--Basta, basta.

Al cuarto de hora el infeliz expósito recibía las aguas del Jordán dando unos gritos capaces de axorar á la feligresía. El gallego tornó á su casa con el hijo adoptivo.

II.

Manuel Mondoñedo, alimentado por un regimiento de amas de leche, llegó á los tres años, y como era natural, á los seis años más que trascurrieron contaba nueve de edad. El padre adoptivo dedicó á su hijo la carrera de artista; al efecto lo entregó como aprendiz en una zapatería. Como el desgraciado hijo de Luis XVI, tenía un maestro brutal, que lo vapulaba cuantas veces Manuel equivocaba una medida ó no mojaba bien una suela. Aburrido de ser artista y no encontrando apoyo en la autoridad paterna, abandonó al gallego y desapareció sin que nadie lo echase de menos.

Mondoñedo, desesperado contra "Galicia" se refugió en la "Montaña," buscó á un tal Don Justo Rodríguez, natural de Argoños y comerciante en México, pidióle protección y la encontró franca y leal. Siguió la carrera de las letras, y ya había comenzado á estudiar medicina cuando Rodríguez su protector quebró y tuvo que marcharse para su tierra.

Manuel quedó entonces abandonado y en la miseria.

Entonces comenzó á vivir sobre el país sin abandonar sus estudios. Comerció en libros, les despachaba sus negocios á los alumnos internos, y acabó por contratarse con el cocinero del colegio cambiando "comida por instrucción" á los hijos de éste. Manuel les enseñaba á leer y escribir, vivía con unos compañeros en una vivienda de casa de vecindad que había perte-

necido al clero, y Mondoñedo tocaba la guitarra y armaba tertulias en la vecindad.

Había juegos de prendas y charadas, y hablar mal del prójimo que era una gloria. En la época en que lo encontramos, se ocupaba en preparar los cadáveres para la cátedra de anatomía.

Llegaba al anfiteatro antes que sus compañeros, se quitaba la levita, se arremangaba la camisa y comenzaba á platicar con el muerto mientras lo colocaba en la "plataforma." Si el cadáver era de mujer, Mondoñedo le ponía un papel, (si acaso era una horrible vieja) con un gran letrero: "soy la novia del maestro Miguel Jiménez" ú otra chuscada por el estilo. Llegaba el maestro, veía el anónimo y lanzaba una mirada oblicua al estudiante. Mondoñedo tenía aburrída, fastidiada á la vecindad con sus bromas. No había noche que no llevara una botellita con aguardiente, ú otra curiosidad de esas que revolvían la bilis á los vecinos. Comenzó por hacerse odioso y acabó por simpatizar; porque el buen estudiante curaba gratis á los de la casa: cierto es que el vecino del número 8 había muerto en sus manos, pero eso nada tenía de particular, el pobre hombre se untó las "cucharadas" y se bebió la "friega."

Hipócrates no habla de ese caso en sus "aforismos."

El vecino del número 3 perdió la pierna: pero eso fué por que Mondoñedo se la cortó por si le entraba la "gangrena." Es verdad también que la señora del número 1 se murió de apoplejía; Manuel no tuvo la culpa, sino la mujer que se dejó dar un baño de vapor en aquellos momentos en que le subía la sangre. El casero llegó un día á cobrar la renta, el pobre hombre tenía un dolor de muelas espantoso.

El estudiante le sentó en una silla y en dos por tres le sacó precisamente la muela que no le dolía, insistió en la operación, el casero bufaba como un tigre hasta que el estudiante le extrajo á pedazos la muela cariada con un buen trozo de quijada. Esta operación, por ser muy difícil, subió al precio de la renta, y por ese mes quedó libre de la paga. El casero fué muy adolorido y agraviado, y Mondoñedo se quedó rogando á todos los santos del cielo que el siguiente día primero, volviese el dolor á las muelas del propietario. El aprendiz de médico tomó la costumbre de llevarse á su cuarto la vela del farol de la escalera para estudiar. Los novios de las vecinas estaban sumamente agradecidos por este servicio. Mondoñedo no había enamorado á ninguna de las muchachas de la vecindad, porque decía que era muy malo tener el "enemigo" en casa.

El estudiante sin embargo estaba profundamente apasionado.

En sus excursiones había dado con una jóven hermosísima, asistente á la misa eventual de Regina. Mondoñedo sin-

tió por primera vez verse tan pobre y en un estado de ropa lamentable. Los compañeros de cuarto contemplaron con asombro que el colega asepillaba su levita rafda, daba betún á los zapatos y recortaba los cuellos de la camisa. Felipe Cuevas contó con este motivo varias historias aducidas al hecho, poniendo por testigos como él decía á personas "vivas," cierto que todas estaban radicadas en Nueva-York.

La muchacha vivía en un costado de la iglesia como el ángel custodio del templo.

Rosa que así se llamaba la joven, tenía un rostro pálido é interesante, unos ojos negros resplandecientes, velados por unas pestañas caídas bajo los arcos bien delineados de las cejas; una boca con una eterna y apasible sonrisa, dejando ver una hilera de perlas de un oriente admirable, un pequeño bozo como una leve sombra se extendía sobre el labio nacarado, su frente era ovalada, y su cabello finísimo daba un fondo á aquel busto donde aparecían las líneas más correctas de la escultura griega.

Como el tallo del almendro era aquel cuerpo soberano, moviéndose con una elegancia exquisita; aquel conjunto descansaba sobre unos pies pequeños como los de la Venus de la Concha. El acento de aquella mujer tenía un timbre particular de altivez dominadora. Tal era la novia, es decir, la pretendida de Mondoñedo el estudiante. El desgraciado neófito se ocultaba tras un confesonario á ver de hito en hito aquella imagen, á contemplar tanta hermosura, á admirar tanta belleza. Así pasaba una hora todos los días en aquel éxtasis amoroso, en aquel sueño de los cielos. A fuerza de ver aquella mujer, de beberla con el aliento, de absorberla con las miradas, acabó de apasionarse como un loco. El estudiante no osaba preguntar nada acerca de ella, temía que le dijese algo que le desgarrara el corazón. Vivía así más tranquilo con el misterio de su amor desgraciado.

Un día al salir de la iglesia, la joven se encontró con una amiga que le dió un beso en la mejilla. El estudiante sintió el dardo de los celos.

—Adiós, Rosa, dijo al despedirse.

Mondoñedo no pronunciaba otro nombre que el de Rosa

—No podía llamarse de otra manera, pensaba el estudiante. Desde aquel día en los lioros de la clínica, en los de la bóveda, en las paredes del colegio, en las puertas de los zaguanes, en el portal de las escaleras, en todas partes donde se detenía un instante, ponía el nombre de Rosa; y es que aquellas cuatro letras las tenía grabadas en el corazón. El estudiante se permitió detenerse frente al balcón de su amada tres horas. Rosa ni se apercibió de su presencia. Otra ocasión la joven arrojó un ramo marchito por sus balcones, y el estudiante

lo recogió en el acto, y guardaba las flores con más cuidado que las culebras que tenían en frasquitos con aguardiente.

Llevaba ya mucho tiempo de abstinencia, cuando se le antojó comenzar sus indagaciones sobre la joven. Encontró por única y sola aplicación, que era huérfana ó pasaba por tal, y estaba á cargo del sacristán de Regina, quien la veía con tales consideraciones como de un servidor á su señora. El estudiante se embrollaba en cálculos y se sentía alejar más y más del objeto de su cariño. Si Mondoñedo hubiera estado haciendo la ronda á los balcones de su amada, en vez de estar haciendo calendarios sobre el origen de aquella aparición, hubiera visto que en punto de las doce de la noche se abría el balcón y un embozado se deslizaba bajo la corniza y entablaba una plática apasionada de amores con la joven. Hubiera visto que se cambiaban algunas flores y obsequios, y después agitando su pañuelo, se alejaba el embozado y el balcón se cerraba hasta la noche siguiente.

Rosa estaba pálida como las flores del crepúsculo, invadida de un amor intenso, y esto hacía aparecer más interesante aquel rostro encantador que tenía loco á Mondoñedo. El estudiante se resolvió á escribir una esquila y se aventuró á dejársela á su dorada junto á la banca donde oía misa. Mondoñedo se apostó en una de las columnas de la iglesia y esperó á que llegase el momento crítico en que aquella mano delicada tomase el papel. Desgraciadamente una vieja tomó el lugar y le echó garra al billetito. Mondoñedo se tiró de los cabellos y tornó á escribir buscando mejor fortuna. Esta vez Rosa, llevada por la curiosidad abrió la carta, la leyó se sonrió y la guardó en su horario. Mondoñedo se hincó á darle gracias á Dios, se dió golpes de pecho y creyó firmemente que el cielo le protegía viéndole con ojos de piedad. Rosa, con esa perspicacia con que Dios ha dotado el genio de la mujer, paseó una mirada por el templo y la detuvo en la figura exótica del estudiante. Aquella mirada penetró hasta el fondo del alma de Mondoñedo. A la mañana siguiente la joven dejó deslizar un papel de su libro de misa. El colegial se lanzó como una raposa y tomó el billete, que estaba concebido en estos términos: "mañana á las diez lo espero á usted en casa."

Mondoñedo se fué en pos de un amigo, en solicitud de un traje, toda la noche se estuvo áicalando, estudiando las palabras, las carabanas, los modales más elegantes, las frases más pomposas é inventando discursos floridos y declaraciones cómico-trágicas. Se rasuró á las doce de la mañana, se puso hecho un dandy, y esperó desde esa hora á que diesen las diez, hora feliz en que debía presentarse en la casa de su amada.

—Me ama, ha comprendido mi pasión, ha leído en mis ojos todo el fuego latente que hay dentro de mí; soy un bru-

to, yo debía haberme declarado, ¡qué hermosa es! es el ídolo de mi alma! ¡Rosa! ¡Rosa!

A fuerza de pensar en la joven, el estudiante fué vencido por el sueño, su cabeza se inclinó y con la barba estrujó los cuellos almidonados de la camisa, descargó el brazo sobre la mesa que tenía un cabo de sebo, que se imprimió en el frac ajeno, y á las seis de la mañana se despertó sobresaltado creyendo oír las diez en todos los relojes de la ciudad.



CAPITULO III.

DE COMO ES UNA VERDAD DE A FOLIO EL REFRAN ANTIGUO
DE QUE LA SOGA SE REVIENTA POR LO MAS
DELGADO.

I.

El 21 de Julio de 861 la cámara de representantes se erigía en "Gran Jurado" para determinar sobre la causa formada contra Payno, ministro del presidente Comonfort.

El héroe de Ayutla á quien el voto de la nación había elevado á la suprema magistratura, paró el movimiento progresivo de la revolución reformista y su torrente lo arrastró como una hoja en el impetu del océano.

El ministro Payno, con esa capacidad que ha hecho de su cerebro un faro de luz perenne, cedió á la condición humana y aceptó el más funesto de los errores; quiso como Josué detener la marcha del sol, y se encontró perdido en las tinieblas de una densa noche. Estar en el esplendor de la grandeza, contar con la voluntad de un pueblo, con ejército leal y con el espíritu del siglo para llevar adelante las ideas iniciadas por la revolución, ese pensamiento que ha atravesado medio siglo de sangre y de vicisitudes para entronizarse y quererlo ahogar la misma mano á quien se había confiado, era una demencia del espíritu humano.

Comonfort y los que le acompañaban abdicaron de esa fuerza de voluntad salvadora de la revolución, y dieron el "Golpe de Estado" que se registra en la página sombría del 17 de Diciembre de 1857.